

KAMCHATKA

REVISTA DE ANÁLISIS CULTURAL

Don Tomás Sempere Irlles, Alcalde de Elche,
Ayuntamiento de Id., Provincia de Alicante.

CERTIFICO: Que, previos los oportunos informes, resultan ser (*) los datos que constan en la anterior solicitud y «observaciones» formuladas por Don Angel Martínez Ortega como padre de los miembros que en la misma se expresan, los cuales todos viven en el domicilio del solicitante y son alimentados a su costa.

Y para que conste, expido la presente en Elche, a 13 de julio de 1954.



[Handwritten signature]

(*) Poner «ciertos» o «inciertos». En este último caso se acompañará un informe exponiendo las razones que tengan para estimar como inciertos los datos aducidos.

Don José Luis Gallardo Caballero, Juez Municipal
de Elche, Provincia de Alicante.

CERTIFICO: Que los (*) 10 miembros de familia cuyos nombres, fecha de nacimiento y demás circunstancias constan en la presente instancia suscrita por Don Angel Martínez Ortega según los informes recibidos, viven en el día de la fecha y se conservan en estado de solteros.

Y para que conste, expido la presente en Elche, a 13 de julio de 1954.

(Sello del Juzgado.)



(*) Poner el número de hijos.

Examinada la documentación a que se refiere esta solicitud y encontrando cumplidas todas las instrucciones dictadas sobre el particular, y completa y conforme la documentación aportada, se remite a la Dirección General de Previsión a los efectos oportunos. Se acompaña papel de pagos al Estado por valor de 10 pesetas, clase n.º

....., a de de 19.....

EL DELEGADO DE TRABAJO.

LA MEMORIA DE LAS COSAS

CULTURA MATERIAL Y VIDA COTIDIANA DURANTE EL FRANQUISMO

Renovado el 14 de 8 de 1954, categoría 1
Madrid, de de 19.....

EL DIRECTOR GENERAL.

N. 18 /2021 COORD. MARÍA ROSÓN VILLENA



K A M C H A T K A

REVISTA DE ANÁLISIS CULTURAL

LA MEMORIA DE LAS COSAS

CULTURA MATERIAL Y VIDA COTIDIANA DURANTE EL FRANQUISMO

Memory of things. Material Cultural and Everyday Life during the Franco's Dictatorship

La memoria de las cosas. Cultura material y vida cotidiana durante el franquismo 5-14
María Rosón Villena

Pensar lo material 15-31
Jo Labanyi

PRIMERA PARTE: LO PEQUEÑO

Cartas a Lola. Archivos familiares, memorias de guerra y una foto 33-54
Natalia Fortuny

Objetos del destiempo en el exilio republicano. Materialidad y recuerdo en el género memorístico contemporáneo 55-70
Gaetano Antonio Vigna

La vida posible de las cosas. Exilio, imaginación histórica y formas de posesión 71-99
Mónica Alonso Riveiro

**Imágenes de la experiencia y memoria de la represión en la Colección Ricardo Fuente Caa-
maño** 101-127
Óscar Chaves

**El censo de infraviviendas de Madrid: fichas, fotografías y control de la población chabolista
madrileña durante la etapa franquista** 129-150
María Adoración Martínez Aranda

SEGUNDA PARTE: LAS COSAS QUE PESAN

- El hogar desarrollista, un mito. Relato sobre la modernización económica franquista en la construcción de la privacidad y la domesticidad** 151-176
María del Carmen Romo Parra
- La esquizomemoria posfranquista: La Cruz de O Castro de Vigo** 177-198
David Casado Neira
- Transmisión transgeneracional de la memoria del franquismo: el vídeo doméstico como documento en *Haciendo memoria* (2005) de Sandra Ruesga** 199-219
Maribel Rams Albuisch
- La Segunda Conquista de Canarias Trabajo del duelo y fantasmas guanches en la cultura material de la España franquista** 221-246
Roberto Gil Hernández
- La cultura material gay del tardofranquismo y la Transición a través de la memoria oral de Serafín Fernández Rodríguez** 247-275
Javier Fernández Galeano

Portada: diseño a partir de expediente de familia numerosa de la familia de Ángel Martínez Ortega, 1954, Elche (Alicante). Archivo General de la Administración.

KAMCHATKA

REVISTA DE ANÁLISIS CULTURAL

OBJETOS DEL DESTIEMPO EN EL EXILIO REPUBLICANO. MATERIALIDAD Y RECUERDO EN EL GÉNERO MEMORÍSTICO CONTEMPORÁNEO

Objects of Destiempo in the Spanish Republican Exile. Materiality and Memory in Contemporary Memoirs

GAETANO ANTONIO VIGNA
Universidad de Valladolid

g.vigna88@gmail.com

Recibido: 10 de enero de 2021

Aceptado: 24 de mayo de 2021

<http://orcid.org/0000-0003-0879-1540>

<https://doi.org/10.7203/KAM.18.19761>

N. 18 (2021): 55-70. ISSN: 2340-1869

RESUMEN: La presente contribución se propone introducir y plantear algunas cuestiones relativas al estudio de lo material en el contexto de la cultura española durante el franquismo. El punto de partida será la relación de apego que los exiliados del régimen tuvieron con los objetos. Y, más concretamente, objetos cotidianos que los acompañaron en el marco ajeno del exilio. Asimismo, se analizarán todas aquellas piezas de la cultura material que los desterrados tuvieron que dejar atrás en el espacio peninsular y que, sin embargo, siguen ejerciendo su poderío a través del recuerdo. Tales objetos, además de presentar unos meros valores prácticos, se cargan de un fuerte simbolismo, convirtiéndose no solo en soporte de la construcción identitaria de su poseedor, sino también en santuario de la memoria y en un verdadero refugio emocional. Todas estas aproximaciones se presentarán a partir del análisis de los libros de memorias de cuatro memorialistas españoles: Isabel García Lorca, Jaime Salinas, Francisco Ayala y, finalmente, Manuel Fernández-Montesinos. ¿Por qué las piezas de la cultura material que sobresalen en sus textos cobran este protagonismo?; ¿de qué manera logran convertirse en fetiches emocionales? Estas son algunas de las preguntas que se barajan en este trabajo.

ABSTRACT: This paper aims to introduce and consider some issues related to the study of the material culture in Spanish society during the Francoist regime. The starting point will be the relationship that the exiles from the dictatorship of Francisco Franco have with some objects. I refer to everyday objects that accompanied them in exile and to all those pieces of material culture that they had to leave behind in Spain. Such items are loaded with intense symbolism, becoming a support for the identity construction of their owner, but also a sanctuary of memory and true emotional refuge. All these approaches will be introduced since the analysis of the memoirs of four Spanish memoirists: Isabel García Lorca, Jaime Salinas, Francisco Ayala, and Manuel Fernández-Montesinos. Why do these pieces of material culture play a key role in their books? How do they manage to become emotional fetishes? These are some of the questions considered in this work.

PALABRAS CLAVE: Cultura material, franquismo, memorias, exilio republicano.

KEYWORDS: Material Culture, Francoism, Memoirs, Spanish Republican Exile.

INTRODUCCIÓN

¿De qué manera los objetos adquieren una posición de protagonismo en la vida de los seres humanos? ¿Por qué algunas piezas de la cultura material, diseñadas para ser prácticas y útiles, abandonan su carácter funcional, convirtiéndose en fetiches emocionales? ¿Qué papel juegan a la hora de forjar una identidad textual que se nutre de la memoria? Aprovechando la ocasión que nos brinda este número monográfico dedicado al estudio de la cultura material a lo largo de la dictadura franquista, responderemos a estas preguntas organizando nuestra reflexión en torno a lo significativo de las prácticas materiales y los supuestos culturales que condicionan su uso. De hecho, y lo decimos con palabras de Greville Pounds (1999: 23), es a partir de la materialidad que los humanos llegaron a ser capaces “de satisfacer sus necesidades más elementales y, al mismo tiempo, ir más allá de las mismas”.

El manantial del que nos serviremos para enunciar la relación entre las personas y los objetos será la literatura intimista. Y, más concretamente, textos adscritos al género memorístico, es decir textos donde la vida del sujeto que enuncia es también objeto del enunciado (Villanueva 1991: 96) y en los que el enunciador “entrelaza la memoria personal con hechos que trascienden su esfera individual” (Vigna 2019: 12). Como es bien sabido, desde la segunda mitad de los años setenta, la guerra civil y el periodo de represión que le siguió dominan el panorama editorial español, ocasionando una verdadera eclosión de literatura testimonial (Loureiro 1991: 17). El memorialismo de esa época consigna un mundo en que, entre otras cosas, es posible reseñar una relación de apego con ciertos objetos. El camino elegido es, en esta ocasión, lo cotidiano, lo que suele pasar por inadvertido. Como dice Georges Perec (2008: 23) “interrogar a lo habitual... a lo que estamos habituados... a lo que parece ir tan por su cuenta que nos hemos olvidado de su origen”. Nos ocupamos aquí fundamentalmente de objetos ordinarios, cosas del día a día que, en manos de los exiliados del régimen franquista, a la luz de cierta cultura emocional, adquieren un nuevo valor. Según Corbella Roig (1993: 19), “es... indiscutible que lo que parece menos importante está también lleno de significado”.

No cabe duda de que, en el espacio del exilio, donde el transeúnte llega y vive como sujeto amputado de sus lazos personales, familiares y sociales, los objetos vinculados con el pasado personal casi se humanizan. Sus usuarios sustituyen su funcionalidad práctica por otra más simbólica, pues en ellos es revisable la huella del ayer. Siguiendo a Baudrillard (1969: 92), encasillamos a estos objetos en la categoría de objetos mitológicos, “de funcionalidad mínima y de significación máxima”. Es en virtud de este sumo valor que el objeto se convierte en signo de un reino perdido, donde la dimensión autorreferencial de lo vivido “puede conllevar una carga de sentimientos que lo determinan de manera

decisiva” (Amengual, 2007: 346). En esta línea, nos recuerda el sociólogo francés, “no son tanto objetos de posesión como de intersección simbólica” (Baudrillard, 1969: 91). En esa certeza parecen situarse también los memorialistas escogidos para la presente contribución. Para ellos, los objetos de su vivir cotidiano actúan como catalizadores de un proceso de recuperación y significación simbólica del pasado, pues revelan su poderío en la relación con el sujeto. Anticipamos que son todos objetos de fruición táctil. El potencial de esa dimensión háptica es tan relevante que, en palabras de Laura Marks: “la memoria es codificada en los objetos a través del contacto” (2000: 129). De modo que la tactilidad de los objetos cristalizados en los textos que nos ocupan es sumamente valiosa para mantener una relación emocional con el país abandonado.

No es este el lugar para ofrecer un recorrido detallado por las perspectivas teóricas que existen sobre las emociones. Pero sí nos gustaría detenernos sobre el complejo manejo de los sentimientos en el exilio, espacio en el que, sin lugar a dudas, la confluencia entre materialidad y emociones es capaz de proporcionar claves interesantes para entender la subjetividad del poseedor del objeto. A raíz de esto, resulta llamativo que, frente a las múltiples perspectivas de la subjetividad que se dan en toda narrativa del yo (Vásquez Rodríguez 2014: 102) se impone la transparencia simbólica de los objetos. Así las cosas, no nos parece descabellado hacernos eco de la técnica del correlato objetivo de T.S. Eliot —“un conjunto de objetos... que representen la fórmula para expresar una emoción particular” (1964: 100)—, claramente conscientes de que, para el género que nos ocupa, validado gracias a la correspondencia nominal entre autor-narrador-personaje (Lejeune, 1994), ya no hay ese distanciamiento entre evocador y emoción que se origina a partir de un objeto dado. De alguna manera, la materialidad, que es el detonante de la emoción, acaba por convertirse en espacio seguro, en cálido refugio emocional que ampara al sujeto desamparado. A partir de estas reflexiones, es fácil entender la relación de apego que el sujeto entabla con ciertos objetos. Tan solo por ese vínculo, la materia inerte asume las características de una “*tabula rasa* sobre la que los humanos inscriben de manera diferencial los significados” (Pels, 1998: 99). Pero, a medida que vayamos inscribiendo significados nuevos, los objetos, como soportes portables, adquieren un carácter trascendental. Se semantizan y, como fetiches, revelan en su nuevo estatus ese “movimiento sustancial que va desde el «interior» del ser... hacia la limitada morfología de un objeto material situado en un espacio «externo»” (Pietz, 1985: II-12).

Las memorias estudiadas para dar fe de dicha idolatría son, de acuerdo con el año de publicación, *Recuerdos míos* (2002) de Isabel García Lorca, *Travesías* (2003) de Jaime Salinas, la nueva edición de *Recuerdos y olvidos* (2006) de Francisco Ayala, publicada primeramente en 1982, y, finalmente, *Lo que en nosotros vive* (2008) de Manuel Fernán-

dez-Montesinos¹. Habiendo nacido los cuatro memorialistas de referencia en un corte temporal no muy alejado —respectivamente en 1906, 1925, 1909 y 1932—, los acomuna el hecho significativo de haber vivido los horrores de la guerra en su país y, tras el asentamiento del franquismo, el destierro voluntario en Estados Unidos. Conviene tener presente que la transposición de esta experiencia deja patente cómo no es la identidad nacional lo que acomuna a estos escritores, sino más bien su identificación con la causa republicana. En efecto, “ser ciudadanos de una nación que no existía más que en la memoria tendría como consecuencia decisiva que no fueran «ni de aquí ni de allá»” (Lida 2009: 74). Ahora bien, en sus obras memorísticas —género que siguiendo a Gracia García (2001: 194) consideramos como “una forma vicaria de regreso”—, uno de los rasgos más apreciables durante la experiencia del exilio es el protagonismo de ciertos objetos que, en su aparecer cotidiano, enlazan pasado y presente, a la vez que vendan las heridas de la ausencia. Es menester señalar que, como entidades de un tiempo que ya existe solo en el recuerdo, los objetos, al igual que todo el material rescatado de la memoria personal, forman parte de “un cerrado cosmos de autorreferencias... que alcanzan un absoluto grado de autonomía frente a lo real” (Lledó, 1992: 44). En este autogobierno de la materialidad se advierte su transición hacia una dimensión más icónica: “objetos como signos o signos transformados en objetos, que marcan tanto una temporalidad obsesiva como una espacialidad desplazada” (Arfuch, 2013: 40).

Para el caso que nos ocupa, esta manifiesta devoción diaria de la materialidad no solo sustenta la memoria de lo perdido durante la contienda cainita, sino también canaliza el dolor por la pérdida y el desposeimiento. Y “si puede hablarse de privación es a propósito de lo real” (1994: 38), nos recuerda Lacan. De hecho, considérese que esos bienes materiales encierran el sentimiento de pertenencia del sujeto a un espacio ya inasible y a un doble tiempo perdido: el del pasado y el de la actualidad que transcurre inexorable en su país de origen. Ambos se imponen en el presente del exilio. Objetos del destiempo podríamos llamarlos entonces, tomando prestado el término del poeta polaco Wittlin (1957). Si con más paciencia nos entregáramos al rastreo de textos memorísticos donde aparece dicho emplazamiento, seguramente podrían reunirse muchos más ejemplos. Pero quizá los títulos escogidos para la presente contribución sean suficientes para poner en evidencia el peso cada vez mayor de ciertos objetos. Y es en este punto en el que hemos de reflexionar para ver cómo el pasado pervive en la fisicidad de lo material y su alto valor para anclar memoria e identidad, como expondremos en las páginas que siguen, comenzando con las memorias que, de las escogidas, se publicaron primero.

¹ Desde ahora en adelante, todas las referencias a los textos citados seguirán estas ediciones y, en cada apartado correspondiente, se darán parentéticamente, indicando solo el número de página.

RECUERDOS MÍOS

La colección “Tiempo de Memoria” de Tusquets Editores incluye entre sus títulos *Recuerdos míos* (2002), libro póstumo de Isabel García Lorca, galardonado con el XV Premio Comillas. De las cinco partes en las que se estructura la obra, analizaremos la cuarta, es decir la sección en la que se cristaliza la experiencia del exilio. Aquí, el fragmento temporal acotado va desde septiembre de 1936, momento en que la memorialista granadina sale de España, hasta 1951, año de su regreso del exilio. Cuando nos enfrentamos a la lectura y análisis de esta sección del libro, hay dos elementos de la realidad material que sobresalen por su significación: las cartas y las fotografías. Aquí las reseñamos siguiendo su orden de aparición en el texto.

Antes que nada, es preciso señalar que la presencia de las cartas en estas memorias se presta a una doble reflexión. Primeramente, porque las epístolas privadas se incluyen como elementos textuales, piezas que interrumpen y complementan la narración principal. El resultado es una sección de la obra fragmentaria que es fiel reflejo de la realidad traumática vivida por la autora-narradora. Como se indica en la “Nota preliminar” a la obra, esta elección se debe a la dificultad de la memorialista a la hora de poner negro sobre blanco las vivencias traumáticas de su pasado personal: “que hablen las cartas, si han aparecido justo ahora por algo será... yo no tengo fuerzas para esto” (19). Desde el presente escritural, su fatiga frente a la retrospectiva atestigua el quiebre engendrado en y por el exilio, así como su característica de experiencia vital incomunicable, si no por medio de documentos extraliterarios. En este sentido, serían de aplicación para nuestra memorialista las palabras de Silva Roja que, al estudiar el uso del género epistolar con que la filósofa Zambrano aborda el tema del exilio, afirma que el empleo de las cartas para relatarlo enfatiza la vivencia personal del acontecimiento, permitiendo la conjunción entre dos tiempos, el de la escritura y el de la lectura, a través de la palabra (Silva Roja 2018: 148-149). Por otro lado, y como veremos a continuación, las referencias a la llegada de las cartas, así como su contenido, nos permite reseñar su alto valor simbólico.

Estudiando el uso de la correspondencia de los exiliados españoles con sus seres queridos, Adámez Castro señala el propósito puramente informativo de este tipo de cartas. No menos importante, en un plano más simbólico, es su capacidad para canalizar la angustia en una situación dramática y la posibilidad de reconstruir la unidad familiar perdida (Adámez Castro 2012). Si volvemos al epistolario incluido en *Recuerdos míos*, observamos que estos aspectos aparecen en las cartas recibidas por Isabel García Lorca. Sus familiares la informan acerca de su estado de salud, los desplazamientos en el espacio del insilio peninsular, así como la felicidad experimentada al leer sus palabras. La destinataria, por su parte, recoge en sus memorias la emoción con que recibió las cartas

con noticias de España y el consuelo que brota de estos trozos de papel escrito, haciendo presente a lo ausente. Empero, sobre la efímera alegría de las palabras gravita el peso de la censura. Lo deja patente la memorialista granadina cuando afirma: “¡Cómo pudimos escribirnos tanto sin decirnos nada! Ni una palabra de la guerra. Ni una sola alusión a nuestro tormento. Nada que pudiera ser sospechoso para la censura quedaba escrito” (208).

Este último punto se empeña en recordar la labor de los órganos censores a la hora de intervenir la correspondencia internacional y la del interior del estado franquista. Según atestigua en su estudio García Sánchez (2009: 634), desde 1936 hasta 1945, fueron aproximadamente 1267 las ciudades que dispusieron de un gabinete de censura postal. De ahí la autocensura de los remitentes como estrategia: decir lo esencial y lo tolerado. Cuando no es así, frente a cualquier barrunto ideológico, la carta es devuelta y puede ser origen de consecuencias negativas para su remitente. La palabra pierde, entonces, su poder comunicativo más íntimo y verídico. Pero, aun mutiladas por las instancias totalitarias, las cartas recibidas no dejarán de ser objetos de consuelo para sus destinatarios, permitiendo el establecimiento de un vínculo emocional con un pasado tan lejano.

El mismo efecto balsámico, útil para la sobrevivencia del individuo desarraigado, es posible hallarlo en las fotografías que los exiliados del régimen llevaron consigo cuando emprendieron sus forzosas travesías o que recibieron adjuntas en las cartas de sus seres queridos. Sea como fuere, lo cierto es que las fotografías compensarán las ausencias, espaciales y temporales, de una pérdida definitiva o provisional. Como afirmó Barthes en su ensayo sobre la fotografía, en ella “el referente rasga con la contundencia de lo espectral la continuidad del tiempo” (1980: 25). Al margen de la reflexión sobre el carácter auténtico del sujeto u objeto fotografiado, hay frente a la visión de esa momificación de lo real —“de un cuerpo real, que se encontraba allí, han salido unas radiaciones que vienen a impresionarme a mí, que me encuentro aquí” (Barthes, 1980: 142)— una sedación del dolor. De esta manera, la fotografía se convierte en un objeto simbólico. Su materialidad es el lugar donde conectar con lo ausente, recibir su ayuda anímica. En el caso de los exiliados, la imagen parece restaurar, aún por breves instantes, un bienestar anterior a la desdicha actual, haciendo más agradable el despacible espacio del destierro. Para el caso que nos ocupa, nos encontramos frente a instantáneas familiares que buscan “recomponer la geografía afectiva de un entorno familiar devastado por la cárcel, el exilio o la muerte” (Moreno Andrés 2018: 12), imágenes que establecen un sistema de relaciones entre pasado y presente, lejano y cercano, vida y muerte.

Isabel García Lorca no oculta en sus memorias el recuerdo de las emociones vividas frente a las fotografías de sus seres queridos. Así, por ejemplo, a bordo de un barco, rumbo a Nueva York, la foto de su hermano Federico estimula, entre sollozos y besos, el

relato de su cruenta historia. Ya en el espacio del exilio, la llegada de las fotografías desde España permite hacer presente lo ausente, sustituir la presencia real por su imagen. En este sentido, las fotos adquieren los tintes de una materialidad tranquilizadora, otro canal con que vehicular la inquietud y el dolor a los que está sometida la memorialista granadina durante su espera en el extranjero. Son retratos con los que “crear o transmitir determinados aspectos de la vida, simulados o reales, pero siempre intencionados” (Moreno Andrés, 2018: 147). La emoción que brota de estos baluartes iconográficos de un tiempo ya inaccesible los convierte en recursos apreciados para el individuo y su memoria, pequeñas reliquias que palian la desintegración de los afectos.

TRAVESÍAS

Otro texto que, en el año 2003, ampliará esa colección de la memoria de Tusquets Editores es la única obra de Jaime Salinas, *Travesías*, ganadora ese mismo año del XVI Premio Comillas. Aquí se retrata el periodo de vida del editor que va desde 1925, año de su nacimiento, hasta 1955, fecha que coincide con su vuelta a España. En estas memorias, divididas en cinco partes, el inveterado recurso del viaje, de la travesía, opera como estructura y constituye el tema del libro. Se trata de desplazamientos que el memorialista cumple debido a la inestable situación sociopolítica, tras el estallido de la Guerra Civil. Para el caso que nos ocupa, nos limitaremos al análisis de la segunda parte del libro. La acción arranca en Santander y se desarrolla en Saint-Jean-de-Luz, Francia, donde el pequeño Salinas llega, en septiembre de 1936, como uno “*des petits réfugiés espagnols*” (84).

Entre los objetos de la cultura material que saltan a la vista en el texto hay cartas y telegramas. Es evidente su valor simbólico. En este sentido, hay que señalar que es gracias a estas materialidades que el niño, en un marco espacial ajeno, se siente reconfortado en la zozobra que le ha invadido desde la forzosa separación de parte de su familia. Pero, esta dicha puntual aparece siempre como un sentimiento mediado por el mundo de los adultos. De hecho, es su madre la destinataria de estas noticias y el autor-narrador-personaje —quien cuenta con once años en 1936— un simple oyente. Sin embargo, hay dos elementos que cobran protagonismo en esta sección del texto y que aparecen directamente relacionados con el mundo interior del niño. Hacemos referencia a una cajita roja, cuyo contenido queda en misterio, y a un muñeco. Estos dos objetos adquieren cierta iconicidad en el relato y nos obligan a una lectura que va más allá de su mera condición de piezas materiales. Son, eso sí, iconos cuya significación parece operar *in absentia*, pues el niño, frente a la urgencia de dejar Madrid y llevar consigo solo lo esencial, se ve en la obligación de abandonarlos.

Con respecto a la cajita, recogiendo las aportaciones de Gastón Bachelard, podemos

seguir una teoría que señala una homología entre el cofre y la psicología del secreto. En palabras del francés, los cofres “son verdaderos órganos de la vida psicológica secreta... son objetos mixtos, objetos-sujetos” (Bachelard, 2000: 83). Hay, entonces, en la intimidad de la materia un reflejo de la intimidad del hombre que en el interior de un objeto encierra otros objetos más pequeños, con el fin de esconderlos de la mirada furtiva de los demás. Cirlot, al estudiar el simbolismo de los objetos que contienen algo, afirma que estos “son simbólicos de totalidad y principio espiritual” (Cirlot, 1992: 114). Es más, al hecho de que estamos frente a un objeto de pequeñas dimensiones, cajita la llama el memorialista —detalle este de todo interés si, de acuerdo con Bachelard (2000: 141), consideramos la miniatura como guarida de la grandeza—, hay que sumar el hecho de que dicho objeto es rojo, color incómodo para la derecha más reaccionaria, pues simbólico de la ideología comunista y republicana.

El muñeco, por su parte, es la pieza material que más que todas afirma la identidad infantil. Como constituyente del juego, el muñeco permite al niño ensayar de manera simbólica todas aquellas actividades que posteriormente desarrollará en la sociedad. Así lo indican las teorías psicológicas que, desde el siglo XIX, se empeñan en demostrar la importancia de lo lúdico en la infancia. Relevantes, para el objeto que aquí reseñamos, son los mecanismos de proyección de la vida interior del niño (Bruner, 1986), enriquecida a partir de los procesos de imitación de la conducta de los adultos. Tanto es así que el pequeño Jaime, consciente del abandono que va a perpetrar, se preocupa por el estado de salud de su muñeco, experimentando cierto alivio solo ante las palabras del padre: “en Madrid está Lorenza, que, como siempre, se pasará por el piso. Ella cuidará de tu baturro” (90). Este detalle acerca del vestido, que es el traje regional de Aragón, nos permite hacer inferencias sobre dos flancos. El primero es la manifiesta correlación entre baturro y etapa de la niñez. De hecho, y lo decimos con palabras de Claver Esteban, el baturrismo convoca rasgos atribuibles en parte a los niños: “salidas chistosas... brutalidad, cerrazón” (Claver Esteban, 1984: 18). El segundo es, a principio del siglo pasado, la amenaza de la desaparición progresiva de lo popular y regional.

Desde el presente escritural, el recuerdo de dichas privaciones se carga de un fuerte valor semántico. En la materialidad de estos objetos, en su desaparecer forzoso por las urgencias de la fuga, se inscribe la pérdida de la inocencia infantil y, a través del tema del viaje, el paso hacia una etapa más madura, pero no menos dificultosa. Así lo atestigua Salinas en su texto: “¡Yo sabía muy bien lo que tenía que hacer!” y, más adelante, “el agotamiento de mi madre era tal que no le quedaba más remedio que someterse dócilmente a mis órdenes” (94). Tanto la cajita roja con sus tesoros ocultos como el muñeco de baturro, abandonados en la casa de la infancia, parecen prefigurar la condición del niño, víctima de la inestabilidad emocional. La ausencia de estos objetos acompañará al

niño en su inseguridad y en su sufrimiento. La fuerza tranquilizadora que emanaba de estos cede ahora el paso a un estado transicional en que el ayer ha perdido su raigambre y el futuro es incierto. En *Travesías*, a la pérdida de lo material le seguirá la pérdida de lo territorial. Los dos cortes interrumpen irremisiblemente el proceso identitario del niño que, desde ahora hasta su integración en el espacio estadounidense del exilio, intentará recrear nuevos núcleos de significado.

RECUERDOS Y OLVIDOS

En 2006, Francisco Ayala publica la nueva edición de su obra memorística *Recuerdos y olvidos*. Si comparada con la de 1988, en la presente obra el memorialista, tal y como declara en el prólogo, ha aportado “una considerable cantidad de materiales nuevos... [y] cierta disposición espiritual nueva” (23), fruto de la edad alcanzada. Para profundizar en la cuestión de la materialidad y su estrecha conexión con la memoria a la hora de reconstruir una identidad textual, nos serviremos de la parte tercera, “Retornos”, y cuarta, “De vuelta en casa”, de estas memorias. Aquí, el balance de la experiencia del exilio, sus consecuencias para el devenir del autor-narrador-personaje, no deja a un lado los influjos de los objetos. Y esto pese a las declaraciones de Ayala en el prólogo a la primera edición de su libro: “ni conservo cartas, ni guardo documentos... ni me afano en poseer los objetos que me agradan, ni colecciono recuerdos de ninguna clase” (20).

Así, hay un objeto de la cultura material que sobresale en el texto por su importancia, siendo no solo una pieza con la que el sujeto ancla pasado y presente, sino sobre todo un soporte físico a partir del cual su poseedor esboza su identidad de escritor. Hacemos referencia al libro. Y, más concretamente, a todos aquellos libros de autores prohibidos por el franquismo. Como habíamos indicado en el apartado anterior, también en este caso la influencia de la materialidad opera *in absentia*. De hecho, en diferentes puntos del texto, el autor-narrador-personaje recuerda el poder simbólico que emana de las palabras cristalizadas en las obras de los proscritos del régimen, así como su capacidad formativa y modeladora. Son obras de las que Ayala tiene que separarse antes de emprender el camino del exilio voluntario a Estados Unidos, pues, como es bien sabido, la derecha más tradicionalista y conservadora intentó consolidar la ideología de la dictadura persiguiendo todos aquellos títulos considerados peligrosos por sus ideas modernas y liberales. Labrador Méndez (2017: 232) hablará, al respecto, de prolongado racionamiento cultural durante los años de la dictadura, haciendo hincapié en las enormes dificultades para acceder al patrimonio literario peninsular y extranjero.

Bajo estos supuestos, las palabras prohibidas adquieren, en el seno de un espacio social dado, las características de arma ideológica. El libro es, qué duda cabe, uno de los soportes físicos que permite su circulación. Este objeto tiene una simbología exacta: simboliza la

cultura y el universo, además de ser el atributo de los doctos (Biedermann, 1993: 267). En este sentido, el libro se convierte en símbolo de autoridad y de poder, capaz de alejar las fuerzas malignas (Cirlot, 1992: 277). Regresando ahora a *Recuerdos y olvidos*, Ayala es consciente que cierta producción libresca en su posesión será objeto de cohibición por parte de los partidarios del nuevo estado. De ahí la necesidad de esconderla. Esta obligación se vuelve más imperiosa frente a todos aquellos ejemplares dedicados por sus autores, pues delatarían su vínculo de afiliación con escritores malqueridos por Franco. De hecho, como señala Blas (1999: 284), “vale para los libros lo que vale para los hombres, y por tanto la idea de represión cultural remite a lo prohibido sin más”. En la rememoración de dicho episodio destacan dos detalles: el autógrafo en tinta roja de Ortega y Gasset en su *La rebelión de las masas* y los garabatos en tinta verde de Federico García Lorca en el *Romancero gitano*. Si, solo por un momento, nos abandonamos a las especulaciones del simbolismo de los colores, es posible ver cómo el eje cromático rojo-verde apela a la lividez extrema y, en última instancia, a la muerte (Cirlot 1992: 136).

En medio de este contexto de control, Ayala, tras el final de la insurrección armada de 1936, decide esconder “en un guardamuebles de las afueras de Madrid” (473) todos aquellos ejemplares pasibles de censura. Bachelard nos recuerda cómo a los muebles les corresponde cierta necesidad de secretos. “Es un *espacio de intimidad*, un espacio que no se abre a cualquiera” (Bachelard, 2000: 83). Es más, dentro de este espacio cerrado, “el libro conserva su secreto” (Chevalier y Gheerbrant, 1986: 644). Empero, la cerrazón del guardamuebles lleva implícita la idea de la pérdida. De hecho, sabemos que, tras el esfuerzo del ocultamiento, el memorialista no volverá a ver estos ejemplares. Es interesante notar cómo, a estas alturas, el autor-narrador-personaje establece un vínculo entre pérdida de la materialidad y extravío identitario en el espacio peninsular: “al final de la contienda lo había perdido todo. Todo cuanto poseía había desaparecido: mi carrera, mi posición, mis derechos de ciudadano y, desde luego, aquellas pertenencias” (473-474).

Un destino peor lo encontrará otro grupo de libros que Ayala guarda en el sótano de la casa de su hermano. En su estudio fenomenológico sobre los valores de intimidad de la casa, Bachelard atribuye al sótano ciertas características de irracionalidad, llamándolo “el *ser oscuro* de la casa, el ser que participa de los poderes subterráneos” (Bachelard, 2000: 38). Aquí, “una inundación accidental acabaría por último con ellos” (474). En esta concordancia de la idea de destrucción con lo líquido, no nos parece un disparate asociar agua y humedad que, siguiendo a Cirlot (1992: 167), consideramos como símbolo de corrupción moral. Hacemos referencia a la moral corrupta del régimen que intentará acabar con todo lo que se salga de lo tolerado, que se percibe como amenaza. Frente a estas pérdidas, en el espacio de liberación del exilio, Ayala renace metafóricamente

a través de la escritura. En el recuerdo de lo perdido, de lo prohibido, el memorialista inscribe el desarraigo de su identidad, dando luz a un Francisco Ayala nuevo que, como escritor libre del maleficio de la censura, se sirve de lo que ha vivido en su última estancia en España para romper la barrera de silencio impuesta a los vencidos.

LO QUE EN NOSOTROS VIVE

El último libro que traemos a colación para profundizar en el estudio de la cultura material a lo largo de los años que duró el franquismo es *Lo que en nosotros vive*, publicado en 2008 y finalista, ese mismo año, del XX Premio Comillas. En estas memorias, su autor, Manuel Fernández-Montesinos, recorre sus años infantiles en Nueva York, su vuelta a España y, tras la experiencia carcelaria en las prisiones del franquismo, su nuevo exilio a Alemania. Entre tantas alusiones a la materialidad, nos llaman especialmente la atención aquellas contenidas en la “Primera Parte” del libro.

La acción arranca *in media res*. El pequeño Manuel, quien en agosto de 1940 cuenta con ocho años, está a bordo de un barco rumbo a Nueva York. Coprotagonista de esta primera secuencia memorial es su abuelo, cuyas palabras —“No quiero volver a ver este *jodío* país en mi vida” (15)— interrumpen la excitación del niño por el comienzo de la aventura. Dicha desmitificación surge al hilo de lo vivido y se relaciona con una idea de fugacidad y transitoriedad. Tanto es así que, para presentar al lector su vuelta a la realidad, el autor-narrador construye dos paralelismos. El primero hace referencia a la frase latina *memento mori*, que acompañaba las coronaciones de los emperadores romanos, recordándoles las limitaciones de su naturaleza humana. El segundo paralelismo, sustraído del *Lazarillo*, convoca la pérdida de la inocencia infantil de Lázaro en la escena del toro o verraco a orillas del Tormes. Ya desde los comienzos, ambos motivos parecen aliarse para significar el paso del tiempo y la caducidad. De ahí la importancia que reviste el objeto que aparece en la escena: “sujeto por una cadena de oro prendida a una de las presillas del cinturón, llevo el imponente reloj de oro de mi abuelo... con sus dobles tapas y su caja de música, que da las horas como el Big Ben de Londres” (15).

Esta presencia material sin duda aporta al relato una visión más compleja acerca del tiempo, pues la temporalidad es una de las cuestiones cruciales tanto a nivel de trama como a nivel de género textual. Cirlot (1992: 384), al contemplar el reloj como objeto mandálico, lo liga a la idea del movimiento perpetuo. Aun sin participar de forma directa a la subjetividad del niño, pues simplemente lo sabemos en uno de los bolsillos de su pantalón, el reloj inscribe a los dos protagonistas de esta escena, abuelo y nieto, en sus respectivas medidas del tiempo, convocando una doble dimensión temporal. Para su nuevo poseedor indica el tiempo que avanza, así como su ilusión de tener control sobre él. Al respecto, Baudrillard hablaba de tiempo domesticado, “de «poseer» la hora, de

tenerla continuamente registrada para uno mismo” (Baudrillard, 1969: 108). Hay cierta dicha que acompaña la operación. En este sentido, la caja de música que objetiva el paso temporal, de por sí silente, parece apelar a la felicidad por el tiempo por venir, el de la aventura. Para el abuelo, al contrario, que se desprende de un objeto tan valioso —“el de los días de fiesta, un Longines pesadísimo” (15)—, el reloj aparece cargado de connotaciones negativas. Simboliza lo dramático de los acontecimientos pasados, a la vez que introduce esa fatalidad de la muerte que habrá de sorprenderlo fuera de su tierra natal.

El otro objeto que sobresale en el texto es la bandera. Su fuerte semantismo conecta dos tiempos y dos espacios diferentes. En marcado contraste con el pasado del asfíctico marco espacial peninsular, el espacio del exilio revela en su permisividad presente la disconformidad del orden implantado en España. Lo deja claro Fernández-Montesinos cuando recoge en sus memorias el estupor frente a las banderas que ondeaban en los edificios de Milltown: “lo que me extrañó de los edificios públicos... fueron sus banderas... En casa no se hablaba mucho de banderas y se veía con muy malos ojos la profusión de las rojas y gualdas” (38). Sería trivial recordar que la bandera es un icono metafórico de pertenencia a un grupo o a una sociedad dada. Y, en efecto, lo importante para el caso que nos atiende es el valor que este objeto encierra a la hora de vincular la intimidad del niño con todas aquellas prácticas sociales que, tras el golpe militar, se fueron imponiendo progresivamente en los territorios conquistados.

Así, el autor-narrador nos da a conocer la regañina que le hace su madre cuando le sorprende pintando una bandera republicana. El pequeño Manuel, encerrado en la cocina de su casa en Granada, está jugando a los soldaditos en compañía de Vidala, una de las empleadas de hogar. Juntos están colocando en el suelo los soldados de goma que lucharán en bandos rivales. Pero, en el momento en que el niño se pone a pintar “una bandera tricolor para que la enarbolase” (19) una de sus figuritas, la madre interrumpe la actividad lúdica, amonestándole por un acto tan peligroso. Si relacionamos esta prohibición de lo material con las prácticas sociales impuestas con el advenimiento del franquismo, es posible revisar en este episodio la necesidad de heterogeneidad simbólica que, tras los sometimientos territoriales, gravará sobre los españoles: “hasta que nos fuimos a vivir a Nueva York... me quedé sin bandera” (19). Esta insistente necesidad de uniformidad ideológica adquiere tintes más caricaturescos frente a la inocencia del niño, pues es reflejo de esa característica franquista de apoyarse sobre “una nueva estética que apelaba más al subconsciente, a lo irracional que a las capacidades críticas y al uso de la razón” (Gómez Cuesta, 2007: 89). Habrá que esperar la llegada a Estados Unidos para que los efectos invalidantes hacia la materialidad de los sectores ideológicos adversos al régimen dejen el paso a una disposición más consciente acerca de lo material: “era el

inicio de una disyuntiva que se me presentaba, sin darme cuenta, entre lo que había sido y lo que estaba empezando a ser” (41).

APUNTES CONCLUSIVOS

A lo largo de estas páginas hemos construido nuestro análisis a partir del caudal de objetos que sobresale en los textos del corpus propuesto. Se trata de objetos que presentan un importante contenido biográfico y que, en palabras de Hoskins, son “una manera de conocerse a uno mismo a través de las cosas” (1998: 198). Así, hemos reseñado todas aquellas materialidades que, en el ámbito de la vida cotidiana de los exiliados del régimen franquista, se cargan de un fuerte valor emocional. Son cosas pequeñas que, en el espacio del exilio, brillan por su presencia o ausencia: cartas, telegramas, fotografías, relojes, cofres, libros, banderas, juguetes... Todas, anclando el presente al pasado, nos permiten reflexionar sobre el proceso de construcción identitaria que, teniendo como base el recuerdo, codifica la memoria en materia verbal. En el contexto de esta argumentación —“la memoria, trasplantada al papel... sigue... unas modulaciones que actúan en su construcción” (Tortosa, 2002: 276)—, la fisicidad de lo material logra encarnar un simbolismo que, en todo momento, coadyuva a superar el abismo entre vivencias empíricas y expresión de dichas vivencias. Es como si la consistencia del objeto soslayara los artificiosos juegos especulares que se dan entre realidad y lenguaje, entre vida y palabra.

Ahora bien, los objetos, así como el recuerdo de estos, nos hablan de sus poseedores y son recursos valiosos a la hora de desvelar su intimidad. En mano de sus dueños, se convierten en fetiches emocionales que entrelazan pasado y presente, sustentando la memoria de lo perdido para siempre, de lo que el camino del exilio ha obligado a dejar atrás. El objeto pierde su funcionalidad práctica, adquiriendo otra más simbólica, eficaz a nivel anímico para hacer frente a la distancia, a las ausencias forzosas, a la muerte. En este sentido, abandonando su mero estado de materia inerte, el objeto adquiere un valor útil a su poseedor para satisfacer ciertas necesidades. De ahí su transubstanciación en fetiche, en objeto hechizado en el que “la historia, la memoria y el deseo podrían materializarse” (Stallybrass, 1998: 186). Y, en efecto, como ya hemos largamente evidenciado, los objetos aquí reseñados son no solo el catalizador del proceso de rememoración del pasado, sino también expresión de la estrategia del individuo para sobrevivir en un contexto desconocido y hostil. Por otro lado, el recuerdo de todas aquellas piezas de la cultura material que el individuo ha dejado en su tierra natal sigue ejerciendo cierto poderío. En las memorias rastreadas que presentan dicho emplazamiento, su ausencia no da lugar al olvido, sino más bien enfatiza el sufrimiento de quienes, en un marco de violencia política, lo perdieron todo. Es más, en el desgarrador espacio de liberación del exilio, el

sujeto desposeído de sus objetos, vaciado de su identidad anterior y de un lugar que tenía asignado en el mundo, llega a apropiarse del valor simbólico de la nueva materialidad y, gracias a ella, reconstruir una nueva identidad. A partir de esta idea, resulta elocuente ver el valor del ayer al servicio del tiempo presente.

Con la entrada en el siglo XXI, en el que el consumismo masivo ha despojado de importancia simbólica buena parte de la materialidad que nos rodea, no nos deja de sorprender el alto grado de significación que los pequeños objetos reseñados encierran en su fisicidad. Los textos memorísticos que hemos estudiado son un buen ejemplo de cómo lo material parece casi adquirir una dimensión ontológica. El objeto, por tan nimio que sea, deja de ser un simple agregado de materia y adquiere una verdadera capacidad dinámica. La abundancia de ejemplos que hemos venido presentando atestigua claramente cómo, en el marco de la dictadura franquista, el objeto, que es atributo emocional del sujeto, sostiene su identidad y su memoria. Incluso desde su pérdida, sigue haciendo las veces del yo real. Así, el alto valor de la materialidad de un pasado no tan lejano podría sugerir un posible fallo en nuestra manera inmoderada de relacionarnos con los objetos.

BIBLIOGRAFÍA

- Adámez Castro, Guadalupe (2012). “La escritura necesaria: el uso de la correspondencia en las memorias y autobiografías de los exiliados españoles”. Ibarra Aguirregabiria, Alejandra (ed.). *No es país para jóvenes*. Vitoria: Instituto Valentín Foronda.
- Amengual, Gabriel (2007). *Antropología filosófica*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Arfuch, Leonor (2013). *Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites*. Buenos Aires: FCE.
- Ayala García-Duarte, Francisco (2006). *Recuerdos y olvidos (1906-2006)*. Madrid: Alianza Editorial.
- Bachelard, Gastón (2000). *La poética del espacio*. Buenos Aires, Argentina: FCE.
- Barthes, Roland (1980). *La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía*. Barcelona-Buenos Aires-México: Ediciones Paidós.
- Baudrillard, Jean (1969). *El sistema de los objetos*. México: Siglo XXI.
- Biedermann, Hans (1993). *Diccionario de símbolos*. Barcelona-Buenos Aires-México: Ediciones Paidós.
- Blas, José Andrés de. “El libro y la censura durante el franquismo. Un estado de la cuestión y otras consideraciones”. *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia Contemporánea* 12 (1999): 281-301.
- Bruner, Jerome. “Juego, pensamiento y lenguaje”. *Perspectivas. Revista trimestral de educación comparada* 1 (1986): 79-85.
- Chevalier, Jean y Gheerbrant, Alain (1986). *Diccionario de los símbolos*. Barcelona: Editorial Her-

der.

Cirlot, Juan-Eduardo (1992). *Diccionario de símbolos*. Barcelona: Editorial Labor.

Claver Esteban, José María. “El baturro: radiografía de una metamorfosis (1859-1905)”. *Andalán. Periódico quincenal aragonés* 403 (1984): 18-21.

Corbella Roig, Joan (1993). *Vida cotidiana*. Barcelona: Ediciones Folio.

Eliot, Thomas Stearns (1964). “Hamlet and his Problems”. Eliot, Thomas Stearns. *The Sacred Wood. Essays on Poetry and Criticism*. London: Methuen: 95-103.

Fernández-Montesinos García, Manuel (2008). *Lo que en nosotros vive*. Barcelona: Tusquets Editores.

García Lorca, Isabel (2002). *Recuerdos míos*. Barcelona: Tusquets Editores.

Gracia García, Jordi (2001). “La cultura del exilio”. Gracia García, Jordi y Ruiz Carnicer, Miguel Ángel (coaut.). *La España de Franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana*. Madrid: Síntesis: 187-198.

García Sánchez, Jesús (2009). *La censura postal en la Europa de siglo XX*. Tesis doctoral. Salamanca: Universidad de Salamanca.

Gómez Cuesta, Cristina. “La construcción de la memoria franquista (1939-1959): mártires, mitos y conmemoraciones”. *Studia Historica. Historia contemporánea* 25 (2007): 87-123.

Greville Pounds, Norman John (1999). *La vida cotidiana. Historia de la cultura material*. Barcelona: Crítica.

Hoskins, Janet (1998). *Biographical Objects. How Things Tells the Stories of People's Life*. London-New York: Routledge.

Labrador Méndez, Germán (2017). *Culpables por la literatura. Imaginación política y contracultura en la transición española (1968-1986)*. Madrid: Ediciones Akal.

Lacan, Jacques (1994). *El seminario de Jacques Lacan. Libro 4. La relación de objeto 1956-1957*. Barcelona-Buenos Aires-México: Ediciones Paidós.

Lejeune, Philippe (1994). *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Madrid: Megazul-Endymion.

Lida, Clara Eugenia (2009). *Caleidoscopio del exilio: actores, memoria, identidades*. México D.F.: El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos.

Lledó, Emilio (1992). *El surco del tiempo. Meditaciones sobre el mito platónico de la escritura y la memoria*. Barcelona: Editorial Crítica.

Loureiro, Ángel G. “La autobiografía española: actualidad y futuro”. *Anthropos. Revista de documentación científica de la cultura* 125 (1991): 17-19.

Marks, Laura U. (2000). *The Skin of the Film. Intercultural Cinema, Embodiment, and the Senses*. Durham and London: Duke University Press.

Moreno Andrés, Jorge (2018). *El duelo revelado. La vida social de las fotografías familiares de las víctimas del franquismo*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Pels, Peter (1998). “The Spirit of Matter: On Fetish, Rarity, Fact, and Fancy”. Spyer, Patricia (ed.). *Border Fetishism: Material Objects in Unstable Spaces*. New York: Routledge: 91-121.

- Perec, Georges (2008). *Lo infraordinario*. Madrid: Impedimenta.
- Pietz, William. "The problem of the fetish, I". *RES: Anthropology and Aesthetics* 9 (Spring, 1985): 5-17.
- Salinas, Jaime (2003). *Travesías. Memorias (1925-1955)*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Silva Rojas,, Matías. "La «Carta sobre el exilio». Método, exilio y memoria en María Zambrano". *Las torres de Lucca* 12 (enero-junio 2018): 125-155.
- Stallybrass, Peter (1998). "Marx's Coat". Spyer, Patricia (ed.). *Border Fetishism: Material Objects in Unstable Spaces*. New York: Routledge: 183-187.
- Tortosa, Virgilio (2002). *Conflictos y tensiones. Individualismo y literatura en el fin de siglo*. Murcia: Publicaciones de la Universidad de Alicante.
- Vásquez Rodríguez, Gilberto G. (2014). "Condición de verdad y ficción (literaturas del recuerdo y autoficción)". Casas, Ana (ed.). *El yo fabulado. Nuevas aproximaciones críticas a la autoficción*. Madrid: Iberoamericana: 79-105.
- Vigna, Gaetano Antonio (2019). *Aproximación crítica a la escritura memorística publicada en España entre los años 2000 y 2018*. [Tesis doctoral]. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- Villanueva, Darío (1991). *El polen de ideas. Teoría, crítica, historia y literatura comparada*. Barcelona: PPU.
- Wittlin, Józef. "Sorrow and Grandeur of Exile". *The Polish Review* 2-3 (1957): 99-111.